

Adeline

María Solar



ANAYA

Adeline

Título original: *Adeline*

1.ª edición: febrero de 2024

© Del texto: María Solar, 2024
Autora representada por Silvia Bastos S. L. Agencia literaria.
© De la traducción: María Jesús Fernández, 2024
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2024
C/ Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es

Diseño de cubierta: Goyo Rodríguez

ISBN: 978-84-143-4023-3
Depósito legal: M-20850-202
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Adeline

María Solar

Traducción de María Jesús Fernández

ANAYA

*Para mis hijos,
Aldara y Martín,
mi núcleo.*

Nota de la autora

En 1872, veinticinco años antes de *Drácula* de Bram Stoker, el escritor y periodista irlandés Joseph Sheridan Le Fanu escribió *Carmilla*, una novela corta que inauguró el género vampírico con la estructura que después triunfaría durante décadas y que también siguió el texto de Stoker.

Aquella novela iniciática fue un obra inesperadamente valiente para su época, con dos mujeres jóvenes como protagonistas: Carmilla, convertida en la vampira Mircalla, y Laura, la víctima a la que seduce.

Esta novela es un homenaje a *Carmilla*.

Un homenaje a la primera vampira, escrita desde la última.

«De acuerdo con la antigua costumbre, levantaron el cuerpo y le atravesaron el corazón con una afilada estaca. En ese momento, la vampira emitió un grito horripilante, como el que lanzaría una persona viva en la agonía final. Entonces le cortaron de raíz la cabeza, y del cuello seccionado manó un torrente de sangre. Colocaron el cuerpo y la cabeza sobre un haz de leña y los redujeron a cenizas, que después lanzaron al río para que desaparecieran. Desde entonces, la región nunca más volvió a sufrir el asedio de un vampiro».

JOSEPH SHERIDAN LE FANU, *Carmilla* (1872).

HACE MUCHOS AÑOS...

Elidane

La estancia tenía escasa luz. A Elidane ya le gustaba vivir así, en la penumbra, entre la oscuridad y algún débil rayo de luz, filtrado por las cortinas finas de telas caras que asomaban en el raquítico espacio que dejaban las sobrecortinas de terciopelo azul, tan tupidas que detenían casi toda la claridad del sol.

Era una perfecta escena de la vida de Elidane, la luz retenida eficazmente tras los gruesos paños y solo en el centro un pequeño espacio para brillar. Así era también ella.

—Señorita, la cena está lista.

Elidane se volvió hacia el ama de llaves, mostrando su rostro tremendamente pálido.

—No tengo hambre —respondió ya sin mirarla.

—Debe comer, señorita Elidane —insistió la mujer con sincera preocupación.

Ella siguió observando el infinito dentro del cuarto, como si aquellos muros no pusieran fin a la estancia, como si pudiese fijar la mirada y ver más

allá. Ver algo que los demás no veían. Ya solo quedaba un lugar que le interesase, y estaba claro que no era este.

El ama de llaves lo intentó una vez más, incluso sabiendo que cuando la mirada de Elidane atravesaba los gruesos muros de aquel pazo, ya nada podía traerla de vuelta.

—Señorita Elidane, por favor. Moisés ha cocinado un poco de sopa para usted. Solo un poco de sopa caliente. Por favor, tómela para darle color a sus mejillas y calentar el espíritu. Por favor, señorita Elidane.

No hubo respuesta y la mujer desistió. Besó la medalla de la Virgen Redentora que colgaba de su cuello y se marchó en silencio con los ojos llenos de lágrimas.

EN LA ACTUALIDAD...

Laura

Si hay una plaza que represente a todo Madrid, esa es la plaza de Tirso de Molina. Laura paseaba a menudo por ella. Apreciaba los colores de sus edificios de pocas plantas llenos de balcones. La fascinaban los grandes cubos de metal que albergaban los puestos de flores. Cada mañana se abrían y colonizaban media plaza llenándola de colores y, cada noche, se recogían en tan escasos metros que una simple maceta fuera de su sitio podría arruinar el perfecto equilibrio necesario para cerrar los portones. Detrás, una de las dos entradas del metro y los baños públicos. Y entre medias los yonquis, los sintecho, los que piden limosna y, en domingos y festivos de Rastro, los puestos de anarquistas, comunistas, sindicalistas y las ONGD, conviviendo entre ellos y con los compradores de flores.

De vez en cuando, algún borracho se quedaba encerrado en un aseo y los bomberos acudían a liberarlo. Cuando salían no daban las gracias, como mucho le dirigían algún reproche a la alcaldesa

por la falta de limpieza de los baños públicos o por la mierda de puerta que se había atascado otra vez. A menudo, las ambulancias del SAMUR atendían a alguien demasiado bebido, demasiado enfermo, demasiado frío o demasiado solo. Y, con mucha frecuencia, las patrullas de la Nacional hacían allí paradas reglamentarias o acudían a alguna llamada.

Casi todos se conocían ya. Y a veces, aunque no era habitual, sucedía un altercado repentino, un cabezazo en una disputa o algún navajazo.

Enfrente, en la esquina, estaba el Carrefour 24 horas, con sus habituales problemas de reposición. Sin carnicería, ni pescadería, ni charcutería, solo bandejas. Bandejas de carne, bandejas de rodajas de pescado, bandejas de fiambres envasados en la parte trasera. En la entrada había un guardia de seguridad, por si los habitantes del inframundo decidían entrar en el local o molestar en la puerta.

Desde el súper, si mirabas hacia la izquierda, las casas eran cada vez más sobrias. Estaban la otra boca del metro y, al fondo, a la derecha, el Teatro Apolo, siempre con espectadores y gente bien vestida haciendo cola. Si mirabas al frente, más edificios con balcones, pero estos con mensajes, banderas o algún eslogan feminista; en los bajos estaba el bar gallego y la nueva pizzería italiana, que resultaba que también era del dueño del bar gallego, y ya en la cabecera de la plaza, la nueva tienda de

productos de Lugo: «Para comer, Lugo». Algunas veces a Laura le parecía que no estaba tan lejos de casa.

Todo el espacio que aún quedaba en la plaza lo invadían las terrazas, en esa época del año salpicadas de calefactores de gas. En las mesas se sentaban aleatoriamente familias con abuelos y niños, modernos *vintage* vestidos de segunda mano, gentes de todas las orientaciones e identidades, algunos pijos, artistas y culturitas: unos pocos metros en los que cohabitaban varios mundos que no se rozaban ni se impedían el paso. Un método que, sin ser infalible, funcionaba casi siempre. Madrid en estado puro. Esa era la plaza de Tirso de Molina en la que vivía Laura, en una casa que hacía esquina con la calle Mesón de Paredes.

Cuentan que, durante la construcción del metro, los operarios observaron aterrados como de una de las paredes comenzaban a caer huesos. Un afloramiento óseo como quien encuentra una mina de agua. Los obreros palidecieron y los periódicos dieron la noticia del hallazgo, que enseguida tuvo explicación: allí había habido un primitivo cementerio de frailes perteneciente al antiguo convento de la Merced que ya nadie recordaba. Como las autoridades civiles y eclesiásticas no se ponían de acuerdo sobre qué hacer con los huesos, los técnicos del metro resolvieron tapiarlos dejándolos donde estaban y optar así por dejar morir el cuento.

Laura utilizaba habitualmente esa boca del metro. Era lo único que no le gustaba de la plaza. No le gustaba precisamente porque era cierto que allí estaban los huesos. Debajo de los azulejos. Todos aquellos cráneos y tibias emparedados, empujando para salir.

Desde que recordaba, o mejor dicho, desde que tenía memoria, Laura veía cosas. Muertos. Desconocidos que fallecieron y están enfadados. Le sucedía ocasionalmente, no siempre. Algunas veces solo los veía y ellos la miraban. Otras, como en la boca del metro de Tirso de Molina, también los oía. No era nada concreto, son gemidos, fragmentos de palabras. Pero ella sabía lo que querían. Querían lo mismo que todos los otros difuntos que veía: paz. Una paz que no alcanzaban porque no reposaban en un cementerio, que es donde deben estar los muertos. Cuando no es así, no están bien, están desasegados, no descansan. Algunos se enfadan y quieren infligirles a los vivos el mismo daño que sienten ellos.

Los frailes querían salir de los escombros y que los devolvieran a tierra consagrada. Laura era la única que lo sabía. Ellos no se lo habían dicho, pero en el instante que duraba cada visión en la que los contemplaba empujando tras los azulejos, de alguna manera le hacían saber que querían salir de allí, que querían tierra santificada, tumbas con cruces y nombres, los que tenían antes de que los olvidasen

y acabaran convertidos en un estorbo en las obras del metro. Querían decirle que estaban furiosos y que no descansaban.

Laura nunca ha sabido por qué ve esas cosas. Con los años tuvo que aprender a vivir con ellas. Aparecían de repente, podía suceder un par de veces en un día o tardar meses en repetirse. Pero en los lugares en los que había difuntos, sus visiones volvían. Fue cambiando del terror desaforado a la inquietud racional, y de ahí a exigirse sentir casi indiferencia. No había superado el miedo, el susto, simplemente no quería verlos, y había aprendido a convivir con las visiones por propia supervivencia y por salud mental.

Las primeras veces gritó horrorizada, se lo contó a la gente, les señaló el lugar exacto, pero eso no fue bueno para ella. Todos pensaron que mentía, que la niña se inventaba historias. Nadie la ayudó, y se quedó sola con todo aquello que no comprendía.

Ahora, cada vez que sufría una visión, disimulaba, seguía con lo que estaba haciendo hasta que desaparecía, cosa que normalmente ocurría en cuestión de segundos o de pocos minutos. Ya no se preguntaba por qué los veía. Lo hizo durante muchos años, y entonces se preguntaba, también, si habría otras personas como ella. Entendió que no se lo podía contar a nadie, que la tomarían por loca, que se reirían o pensarían que les estaba tomando el pelo.

No se podía contar y ni demostrar, pero ella algunas veces veía muertos. Haberse marchado de Galicia para estudiar no cambió la situación; al contrario, en Madrid había muchos más lugares donde encontrarlos.

El pazo

El primer año de facultad en Madrid, Laura lo pasó en una residencia de estudiantes, pero ese segundo curso había alquilado un piso compartido en el centro. Nada que no hiciera todo el mundo. Seguramente quedaba demasiado lejos de la universidad, pero ese detalle le importaba poco, porque casi no asistía a las clases. Un piso con balcón en una zona llena de vida había sido su sueño desde niña. La ansiada vida ruidosa, con mucha gente y movimiento. Algunas veces, sentada en una silla en el balcón, observaba durante horas el ir y venir de la gente. Eso también diferencia a Madrid de Galicia: el aprovechamiento del espacio público. En Galicia es frecuente buscar la intimidad frente a los ojos de los vecinos. Las casas tienen setos altos, los balcones son de escaso uso, o incluso nulo, aunque en esa costumbre tiene mucho que ver la climatología. Pero en Madrid la gente se sienta en los balcones y allí desayunan, comen, leen, se cortan las uñas de los pies, toman el sol o mantienen

conversaciones telefónicas que escucha todo el vecindario. Laura descubrió la vida en los balcones y le encantó. Aunque la costumbre se limitaba a su estancia en Madrid, nunca la replicaba cuando volvía a Galicia, por más que el pazo estuviera lleno de balcones.

—¡Vives en un castillo! —exclamó en voz alta Rodrigo.

—¡Qué fuerte! —añadió Alejandro.

—No es un castillo —se explicó Laura.

Rodrigo mostró una foto del móvil a los tres que estaban en el sofá.

—¡Vaya! ¡Es verdad! ¡Vives en un castillo! —Alejandro no se lo podía creer.

Eleonora aproximó la cara al móvil y arqueó las cejas sorprendida. Al tiempo, le dio un codazo a Raquel para que se acercase a verlo.

—¡Eres millonaria! Pero qué callado te lo tenías —comentó.

Laura ya había pasado por esto mil veces. Era frecuente la sorpresa de la gente cuando veía el pazo donde vivía. Por supuesto, no eran millonarios; su padre era arquitecto, con cierta fama. No se podría decir que vivieran mal, pero aquella propiedad era mucho más ostentosa que su realidad financiera. La chica les contó a sus compañeros de piso lo que siempre explicaba en esas circunstancias.

—No es un castillo. Es un pazo señorial gallego.

—¡Tiene una almena! —señaló Alejandro en la foto, todavía con el móvil de Rodrigo en la mano, como prueba irrefutable de lo que era aquella construcción.

—Tiene dos almenas. Y una capilla interior que en tiempos fue una ermita, e incluso un pequeño cementerio. También tiene un terreno de varios miles de metros cuadrados con árboles y está rodeado por un muro de piedra de dos metros de altura. Hay una construcción principal y varias anejas. La mayor parte de esto data del siglo XVII, aunque la capilla es muy anterior, posiblemente del siglo XIII, románica, y quedó dentro de la finca.

Los compañeros escucharon sin decir ni pío. Estaban realmente impresionados.

Laura esperaba ese silencio, solía suceder así. Y como siempre hacía, aprovechó para añadir el resto de la exposición.

—El pazo perteneció a la nobleza gallega y fue pasando de mano en mano. También fue propietaria una familia austríaca de Estiria, de esto hace más de un siglo. Después vinieron otros tiempos, el pazo quedó deshabitado y llegó a manos de mi abuela, que lo compró muy barato, hecho una ruina. Mis padres trabajaron durante años en su despacho de arquitectura para rehabilitarlo. Mi madre no llegó a verlo acabado, pero cuando ella murió mi padre se empeñó en terminarlo y los dos nos fuimos a vivir allí. No es un castillo de millonarios, es

una casa señorial tradicional gallega que ha rehabilitado mi familia. —Laura terminó de hablar y esperó las reacciones.

—¿Tiene nombre? —preguntó Alejandro.

—Sí. Es el pazo del Támeiga.

—¿Y tiene wifi? —volvió a preguntar Alejandro. Todos se rieron.

—Sí tiene. Aunque los muros son tan gruesos y la casa es tan grande que no va muy bien. Tenemos instalados varios amplificadores de señal. Pero, aun así, hay zonas donde no llega bien.

—¿Has estado allí por Navidades? —quiso saber Rodrigo.

—Sí, claro. Es nuestra casa, y también el lugar de trabajo de mi padre.

Alejandro seguía aferrado al móvil de Rodrigo.

—Pues es exactamente como un castillo. Nos llevarás a verlo, ¿no?

—¡Claro! Pensaba que no me lo ibais a pedir nunca —rio Laura.

—¿Y dices que tiene un cementerio dentro? —La pregunta de Eleonora cortó tajantemente la sonrisa de Laura.

—Sí, pero solo para miembros de la familia.

—¿De qué familia? —insistió la chica. A Laura ya no le hacía ninguna gracia tanta pregunta.

—De varias que fueron propietarias.

—Qué mal rollo, ¿no? —comentó Raquel—. No puedo ni imaginar tener un cementerio en casa.

A lo mejor por eso salió tan barata. ¿Quién querría vivir en un lugar así, apartado y con muertos allí enterrados? —acabó, tan desagradable como solía ser.

—Son solo cinco o seis tumbas de piedra muy antiguas. Como las que hay en las iglesias. No dan miedo. Allí no debe haber ya ni huesos. Además —Laura siguió explicándose como si sintiera la necesidad de defenderse—, no está dentro del pazo, está fuera, en un lateral.

—Por mí como si hay doscientas tumbas. ¡Yo quiero ir a ver ese pazo! —retomó Rodrigo con aire festivo.

Y la cara de Laura recobró una amplia sonrisa.

Un homenaje moderno a *Carmilla*, el primer clásico de vampiros

Laura puede ver a los muertos. Y, aunque su familia trató de guardarlo en secreto, en su pequeña aldea gallega los rumores corrían más rápido que ella: creció siendo una niña solitaria, triste, aislada en un sombrío pazo rodeado de supersticiones y leyendas.

Pero entonces llegó la universidad, Laura se mudó a Madrid y pudo empezar de nuevo... o eso pensaba. Porque un día se cruza con una hermosa joven de cabello oscuro, que también parece capaz de oír a los muertos. Y, aunque han pasado más de diez años, es idéntica a la mujer con la que soñó Laura al mudarse al pazo, justo antes de que empezaran sus visiones.



ANAYA
www.anayainfantilyjuvenil.com

